

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

PALABRAS E IMÁGENES PARA LA CONSTRUCCION DE UN IMAGINARIO LOCAL. Rosario, 1850-1930.

Megías y Alicia.

Cita:

Megías y Alicia (2013). *PALABRAS E IMÁGENES PARA LA CONSTRUCCION DE UN IMAGINARIO LOCAL. Rosario, 1850-1930. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/986>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 115

Título de la Mesa Temática: **Historia, medios y sociedad. Argentina desde fines de siglo
xix hasta la actualidad**

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as:

Laura Juárez (UNLP – CONICET) juarezlauras@yahoo.com.ar

Ana Lía Rey (UBA) anyrey@gmail.com

Claudia Roman (UBA) audiaroman@hotmail.com

TÍTULO DE LA PONENCIA

**PALABRAS E IMÁGENES PARA LA CONSTRUCCION DE UN IMAGINARIO
LOCAL. Rosario, 1850-1930**

Autora: Megías, Alicia

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, U.N.R.

C.I.C. - U.N.R.

aliciamegias@express.com.ar

<http://interescuelashistoria.org/>

**PALABRAS E IMÁGENES PARA LA CONSTRUCCION
DE UN IMAGINARIO.Rosario, 1850-1930.**

“Atenas tuvo sus poetas y oradores; Roma sus tribunos y sus
Gracos; Buenos Aires, los Belgranos, los Rivadavias, los
Varelas para defender sus libertades, sus derechos...
Y el Rosario, pueblo nuevo que no tiene ni oradores, ni poetas,
que no tiene (por el momento) ni Municipalidad
siquiera que lo represente, sólo le queda la prensa -¡y gracias!-
Gracias que podamos disponer de las hojas cotidianas del
periodista, para decir con el Rey de los Salmos,
De profundis clamaris”.

El Ferrocarril, 24 de octubre de 1865

El proceso de modernización operado en varias ciudades argentinas desde mediados del siglo XIX, fue acompañado por diversas experiencias comunicacionales entre las cuales la prensa fue protagonista relevante. Diarios, periódicos y revistas respaldaron y publicitaron las transformaciones sociales, políticas y económicas; dejaron marcas sociales y culturales y contribuyeron a conformar actores -desde un público lector hasta diaristas y periodistas, desde candidatos hasta votantes- que consumieron la denominada ‘prensa de información y entretenimiento’ (Mollier, 2009:24-25) (Habermas: 1994). Este trabajo explora el rol de la primera prensa rosarina en la definición de algunos aspectos de la identidad local. Esto, bajo un supuesto básico: desde la década de 1850, esa prensa produjo y difundió una serie de imágenes y representaciones notablemente eficaces, que perduraron hasta bien avanzado el siglo XX.

La perspectiva, siguiendo a Bronislaw Baczko, considera las representaciones, las ideas-imágenes utópicas como construcciones dinámicas que cambian su lugar en el tiempo y en el espacio cultural y social que las produce. Paulatinamente, se alejan del registro utópico

de las islas imaginarias, para desplazarse hacia la historia, hacia un futuro que es percibido como cercano y posible, hasta encontrar fronteras que las desmoron reiniciando un nuevo ciclo en el que se producirán nuevas representaciones (Baczko, 2005:7-9).

Este enfoque y sobre todo, la extensión del periodo, imponen límites a la exposición: se suprimieron las referencias a los aspectos políticos inherentes a todos los procesos de construcción de imaginario, en tanto construcciones ideológicas; se iluminaron algunos momentos especialmente significativos que, a modo de mosaico, buscando una aproximación al conjunto y se incorporaron algunas referencias al contexto material y concreto de la ciudad, no para refrendar o negar la veracidad del imaginario -lo que supondría contradecir desde su base ese concepto- sino para hacer más comprensibles su fuerza y características.

El campo periodístico local

El proceso de transformación operado en Rosario fue vertiginoso. Hasta 1850, fue una localidad pequeña, mayoritariamente formada parte por hombres y mujeres migrados desde distintos puntos del país, dedicados al intercambio de mercancías por vía terrestre y fluvial. A partir de 1852, una serie de decisiones políticas la convirtieron en ciudad, principal puerto y centro financiero de la Confederación Argentina, dando lugar a un proceso de acelerada modernización capitalista que se sostuvo aún después de la caída del proyecto confederal. Una de las manifestaciones más contundentes de esos cambios fue la rápida expansión demográfica: en dos generaciones la población se multiplicó más de treinta veces -3.000 habitantes en 1851; 91.000 en 1895-; para el Centenario, tenía 192.000 habitantes entre los cuales había un 47% eran extranjeros y sólo cuatro años más tarde, al levantarse el Censo Nacional de 1914, se habían agregado otros 30.000 pobladores (222.000 habitantes). El desarrollo de la prensa reprodujo ese ritmo. Hasta 1854 en Rosario no hubo imprentas, pero entre esa fecha y finales del siglo XIX, se publicaron casi un centenar de diarios, periódicos, semanarios y revistas. Ese vigoroso campo periodístico no difirió en lo sustancial del de Buenos Aires o las grandes ciudades occidentales de la época.

Esas hojas comenzaron como periódicos facciosos, acompañando las agrupaciones que pujaban en coyunturas electorales o fueron financiados por las autoridades provinciales, tuvieron breve duración y contenidos esencialmente políticos¹.

La red periodística iniciada en Caseros tambaleó después de Pavón. No obstante, el auge económico de la ciudad permitió a algunos editores adquirir sus propias imprentas, autonomizarse de financistas y transformar sus establecimientos en verdaderas empresas gráficas que pudieron mantener apelando a la diversificación de sus contenidos y a la oferta de diversos servicios de impresión².

Los protagonistas de ese campo periodístico-los “diaristas” y “publicistas” que opinaron, informaron y publicitaron a través de la prensa escrita- constituyeron un grupo particular. Durante los años 1850 y 1860, formaron parte del contingente de hombres ilustrados y con cierta actitud aventurera que recorrieron el país desempeñándose alternativamente como funcionarios, políticos, militares y fundando periódicos con distinto éxito, hasta transformarse en verdaderos “periodistas itinerantes”. Con muy pocas excepciones, no fueron nativos de la ciudad. Hubo entre ellos porteños emigrados después de la secesión de Buenos Aires; provincianos y extranjeros que, antes de radicarse en Rosario, adquirieron el oficio trabajando en imprentas como la de Pedro de Angelis o la de “El Nacional Argentino” de Paraná, establecimientos que durante muchos años proveyeron diaristas y tipógrafos al país. Es claro que el trabajo periodístico no les garantizaba la subsistencia, ya que buena parte de ellos ejercieron otras actividades y profesiones mientras se

¹El primer impreso –“Carta a los rosarinos”- apareció en 1852, por la imprenta volante que manejaba el boletín del Ejército urquicista, D. F. Sarmiento.

Los diaristas de la época, se esforzaron por ocultar esa naturaleza facciosa en prospectos y editoriales que apelaban al republicanismo, las instituciones liberales o el progreso. El editor del primer periódico de la ciudad, escribió en su número inaugural: “Nuestras armas son el raciocinio frío y lógico del soldado constitucional; y nuestro campo de batalla, la liza donde se pelea por la libertad, las instituciones y por el desarrollo material e inteligente de estas regiones fecundas”. La Confederación, 25 de mayo de 1854. Por su parte, los editores de El Comercio de Rosario declararon tener “por guía única a su conducta, la justicia, la legalidad y las conveniencias generales de la República”, sosteniendo “el respeto inviolable a las formas y a la ley” para contribuir “al bien y la felicidad de la patria.” El Comercio de Rosario, 10 de enero de 1859, Nuestros fines y propósitos.

² Ese es el caso de Ovidio Lagos, quien además de publicar su periódico vendía tarjetas, libros contables, etiquetas e imprimía documentos oficiales, etc. y de los Carrasco que tuvieron imprenta, librería y una pequeña editorial de textos generales. En general, encontraron modos de aumentar tiradas y suscripciones, compitiendo por el público lector; publicaron folletines literarios y novelas populares por entregas; incorporaron secciones en las que se narraban noticias locales –“Crónicas del día”, “Hechos del día”, “Crónica Social”, “Noticias locales”- y captaron la atención de los vecinos extranjeros en secciones de asuntos internacionales –“Noticias extranjeras”, “del Exterior”-, en especial y por obvias razones, a las provenientes de Italia y España.

desempeñaban como periodistas o editores, cuestión que de hecho, los transformó en individuos personalmente interesados e involucrados en el crecimiento económico de Rosario (Megías, 1998). A partir de los años '70, cuando algunos periódicos comenzaron a convertirse en empresas económicamente independientes, muchos de esos diaristas se arraigaron en la ciudad, se profesionalizaron como periodistas y generaron nuevas publicaciones. Desde los años '80 hasta la crisis de 1930, el proceso de expansión de la prensa rosarina continuó y se diversificó con la aparición de publicaciones de colectividades extranjeras, órganos de las principales corporaciones económicas, revistas culturales, periódicos sindicales u obreros, etc.

Las palabras

Entre los habitantes de ese pueblo costero devenido repentinamente en mercado cosmopolita y heterogéneo, la diversidad fue un rasgo esencial. No obstante, sus habitantes parecen haber estado convencidos del futuro de grandeza y esplendor que tendría la ciudad –y por tanto, ellos mismos-; un porvenir que la confirmaría ante todo el país como una muestra irrefutable del triunfo de la civilización sobre la barbarie, a fuerza de voluntad y trabajo constante.

Es plausible suponer que ese imaginario tuvo su origen en las expectativas de los vecinos, empeñados en aprovechar de todas las maneras imaginables el avance capitalista para mejorar su *status* y en las primeras evidencias materiales del crecimiento económico. Sin embargo, una revisión de la prensa local sugiere una génesis algo más sofisticada. En efecto, desde el comienzo mismo de las transformaciones, cuando en las pocas y lodosas calles céntricas se mezclaban ranchos, baldíos y conventillos con casas ‘de azotea’ y algunos edificios comerciales relativamente pretensiosos, un pequeño grupo de diaristas se ocupó de publicitar ideas que alentaron y legitimaron tanto la acelerada expansión capitalista como a sus principales impulsores, modelando un imaginario que exaltó el progreso, la pujanza y los extranjeros.

Esas imágenes siempre celebratorias –hasta cuando denunciaron falencias y problemas- fueron construidas sobre un tríptico de conceptos sencillos, bien articulados, insistentemente reproducidos y en ocasiones, deliberadamente exagerados. En primer lugar,

destacaron las ventajas comparativas de la privilegiada ubicación que distinguía a Rosario de otras ciudades del país y hasta del continente: “la naturaleza” le había señalado “una colocación tan notablemente ventajosa, que basta[ba] una ojeada del mapa de Sud América para indicarlo como el punto más importante del Continente”. Se trataba de un “pueblo mercantil, escala principal del comercio del Interior, compuesto por habitantes de todas las nacionalidades” destinada a convertirse en una “de las principales y más florecientes ciudades de esta parte de América”³.

En segundo lugar, subrayaron la potencia progresista y modernizadora de la ciudad en general –una sociedad nueva, vigorosa y bien dispuesta para “todo lo que es útil y progresista”, “animada de deseos tan progresistas”- y de los vecinos en particular. Presentaron las habilidades mercantiles de aquellos que habían tenido rotundo éxito en sus negocios privados, como virtudes que caracterizaban el temperamento dominante en toda la sociedad. Rosario demostraba que “cuando la providencia quiere favorecer a un pueblo, le envía hombres útiles”⁴; era una sociedad “viril” compuesta por “hombres de inteligencia, de actividad, de ideas, comerciantes e industriales” donde los extranjeros se destacaban especialmente⁵. Era “una sociedad que marcha, por decirlo así, en progreso: que no es de un carácter conservador, que quiere lo nuevo porque lo nuevo es la ley de su existencia: que en una palabra, no puede pararse...”⁶; una “débil muestra de las maravillas que el trabajo y el comercio están en camino de crear en estas bellas comarcas”; una “joven ciudad animadora esperanza de la prosperidad argentina”; “un pueblo sediento de ilustración y lleno de vida”⁷.

Con cierta arrogancia, la prensa insistió en afirmar que Rosario era considerada como “la segunda plaza mercantil de la República” en los mercados europeos⁸ y que su potencia era tan enorme, que no existía “poder humano” capaz de “impedir el advenimiento del día en que el Rosario” fuese “uno de los grandes emporios del continente”⁹. El modo en que la prensa describió el comienzo de las obras de construcción del Ferrocarril Central Argentino, es un buen ejemplo del énfasis con el que se difundió esa idea:

³ El Cosmopolita, 22 de agosto de 1865. El Ferrocarril, 4 de setiembre de 1863. Caudales de las provincias.

⁴ La Capital, 24 de junio de 1870.

⁵ El Ferrocarril, 12 y 6 de setiembre de 1863. La Confederación, 28 de agosto de 1854.

⁶ El Ferrocarril, 8 de noviembre de 1863.

⁷ La Confederación 3 de junio de 1854. Al Nacional Argentino.

⁸ La Capital, 16 de octubre de 1872. El Rosario y el Gobierno.

⁹ El Cosmopolita, 16 de diciembre de 1864. El Rosario como punto comercial.

¿Cómo dejar de pensar en los innumerables bienes de otra clase que nos traerán establecimientos nuevos, casas de comercio, bancos, inmigrantes, capitales, inteligencias, industrias y actividad en todos los ramos de trabajos?(...)

Cuando estamos allí, rodeados por los elementos que impulsan la civilización y el progreso (...) olvidamos al Rosario actual y sólo vemos el Rosario del porvenir, el Rosario de 1870, por ejemplo(...)

¿Hay alguien que crea que esto es un sueño? Se equivoca. Esto y mucho más veremos en el año 1870. Y el primer paso hacia su realización es el ferrocarril central”¹⁰.

En tercer lugar, tendieron a considerar a la expansión como un fenómeno producido, conducido y gestionado por el esfuerzo y las cualidades de sus propios habitantes, por el “genio emprendedor del comercio”¹¹. Rosario era una “prodigiosa creación de la fe pública”¹² que había sabido generar “prodigiosos elementos de prosperidad” y continuaría haciéndolo. Cuando en 1865, el gobierno nacional decidió el traslado de una estación ferroviaria y consecuentemente, de las instalaciones portuarias, los vecinos solicitaron para que se revisara esa disposición¹³. En el extenso documento, reproducido por la prensa, se quejaron de la nueva ubicación por estar demasiado alejada del “centro actual de comercio y actividad” y al reivindicar sus derechos evidenciaron una percepción de *cuasi* propiedad sobre la infraestructura nacional que comenzaba a atravesar la ciudad.

Es cierto que los vecinos colaboraron entusiastamente con la construcción del ferrocarril que vincularía al puerto con el hinterland de colonias agrícolas y el resto de las provincias, pero el discurso tendió a presentar esa iniciativa casi como propia de los rosarinos. Aseguraron que el puerto había sido edificado por el “esfuerzo y sacrificio de todos sus habitantes”; que el buen juicio de “la voz unánime del pueblo” había erigido esos muelles que representaban “el triunfo más heroico del continuado esfuerzo y de un ingente gasto empleado para vencer la corriente del río, que ya está allí domeñada para bien del Comercio”. Los vecinos habían realizado “el mayor de sus esfuerzos en el sentido del progreso”, invirtiendo lo más preciado -“sus tierras y sus dineros”- para la construcción del

¹⁰ El Cosmopolita, 24 de agosto de 1865. El Ferro-carril Central.

¹¹ La Capital, 16 y 15 de noviembre de 1867. El comercio de Rosario.

¹² El Orden, 1855, reproducido en *Revista de Historia de Rosario* (1996), Año IV, Nº 11.

¹³ Como dato contextual, debe señalarse que en esos años, la planta urbana era tan pequeña que esa disputa se desencadenó porque la estación se trasladaría aproximadamente 800 metros.

ferrocarril y por lo tanto, tenían justas razones para exigir la suspensión del traslado de la estación. Con un tono inocultablemente amenazante, anotaron en que ese contratiempo -que hubiera “conseguido secar la savia de un pueblo de menos energía, de menos acción y fuerza de voluntad, que las que tiene acreditadas” la ciudad de Rosario-, sería rápidamente y responsablemente solucionado por el gobierno nacional¹⁴.

La difusión de esas ideas en las cuales se sintetizaron una fuerte convicción en el progreso continuo e irreversible con cierta comunión de intereses y expectativas entre esos vecinos-construtores, enjugó ciertos problemas. Esa misma prensa poco dijo respecto de los conflictos sociales inherentes a una sociedad tan cosmopolita y diversa; sólo denunció las pésimas condiciones de vida e higiene propias de un crecimiento demográfico tan vertiginoso en ciertas coyunturas electorales referidas a la interna política municipal y presentó el más que escaso desarrollo cultural de una ciudad donde faltaban bibliotecas y escuelas, como una situación transitoria que sería fácilmente revertida¹⁵.

Esos argumentos celebratorios también tendieron a minimizar algunas complicaciones políticas. Así, después de Pavón, en el discurso explicativo de las transformaciones operadas en muy pocos años, escasearon las referencias a las políticas del urquicismo en la coyuntura de la disputa con Buenos Aires, definitorias de los cambios y sobre todo, al apoyo -o por lo menos la habilitación- que el poder político santafesino concedió a esa expansión. Por el contrario, los diaristas reforzaron la idea de una ciudad independiente, autogestada y por lo tanto, desvinculada tanto de la Provincia como de la Nación. Frecuentemente, éstas fueron presentadas como obstáculos a las iniciativas locales: aunque Rosario era la “joya y la esperanza” de Santa Fe a la que podría “llevar a lo ideal de la prosperidad, riqueza y poder”, las autoridades provinciales sólo entorpecían su progreso y las nacionales –de hecho, el puerto de Buenos Aires- rivalizaban deslealmente con ella:

El Rosario hijo de la revolución que Caseros inició contra el monopolio tradicional (...) Águila sentada en el punto más dominante, elevado y conveniente, necesita sol y aire para extender sus alas; y creen los representantes de ‘la siesta’ que

¹⁴ Archivo Jefatura Política del Rosario (1865). Serie B. Petición de los vecinos de Rosario al gobierno nacional, octubre de 1865.

¹⁵ La Patria, 22 de agosto de 1862, El Rosario; La Capital, 16 y 15 de noviembre de 1867. El comercio de Rosario.

mezquinándole todo, escatimándola los recursos, usurpándole su propia herencia han de cortar su vuelo?.

La hermosa y bella joven, llena de salud, de actividad e inteligencia, necesita acaso de otra cosa que sus trece años y sus dotes para atraerse las miradas de todo el mundo? Si su tutora en lugar de cuidar de su educación y desarrollo, ha preferido escatimarle en su minoría su herencia, tanto peor para aquella. Si (...) ha arrojado en su joven corazón semillas de odio, de rivalidad y de desprecio, así serán los frutos que coseche¹⁶.

Esos eventuales inconvenientes políticos de ningún modo impedirían el crecimiento de la ciudad, porque su “porvenir” era “tan seguro, tan cierto como el de Buenos Aires”, porque “un Ministro de Hacienda, o un Ministro de Guerra, o una docena de energúmenos adornados de borlas de doctor en leyes” no podrían detener “la marcha de la civilización y el progreso”¹⁷.

Esa misma pulsión hacia el progreso, siempre presentada como identitaria y esencial, probablemente respaldó la casi obsesiva comparación con grandes ciudades. En efecto, son pocas las ciudades argentinas que han sido asimiladas a tan diversos lugares –California, Chicago, Fenicia, Manchester, Cartago-. Seguramente, la opinión de los viajeros que visitaron Rosario influyó en esa operación, pero es igualmente claro que la prensa local intervino sin ahorrar adjetivaciones ampulosas. No es raro encontrar descripciones que asimilan las calles, los comercios o residencias de Rosario, con las de las ciudades más ricas o famosas del mundo:

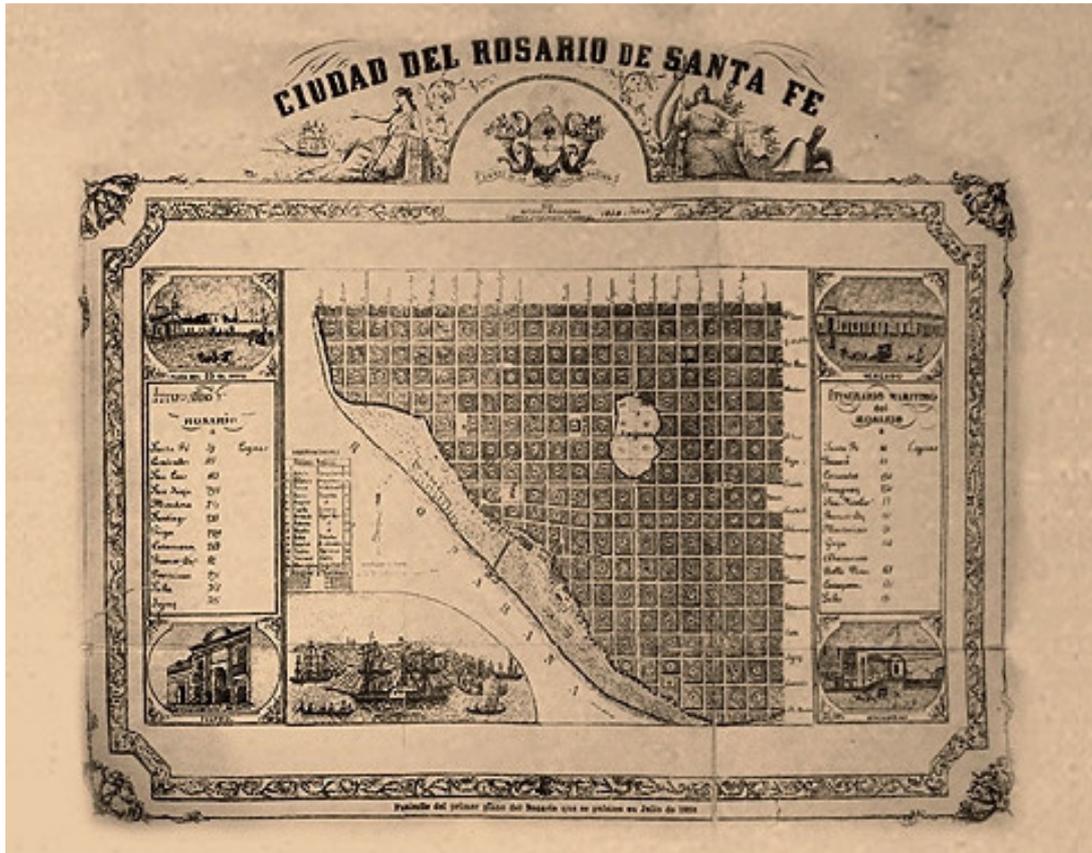
Así nacen las grandes ciudades, empezando por aldeas. Así nació Roma, de un grupo de hombres, y luego dominó al mundo. Así se forman los grandes centros de opulencia y de comercio en nuestros días. Allí está California...Aquí está el Rosario a la que bastaron cuatro años para alzarse bella y coqueta, engalanada con sus millares de edificios lujosos, con su actividad mercantil, con su afluencia asombrosa de población, con su industria considerable¹⁸.

¹⁶ El Ferrocarril, 6 de setiembre de 1863. La expresión alude sarcásticamente a la ciudad de Santa Fe, donde seguía siendo habitual la costumbre de la siesta, a la cual estos diaristas parecen haber considerado como un resabio colonial.

¹⁷ El Ferrocarril, 4 de setiembre de 1863.

¹⁸ La Confederación, 7 de febrero de 1861.

Las imágenes



Plano Nicolás Grondona, 1858

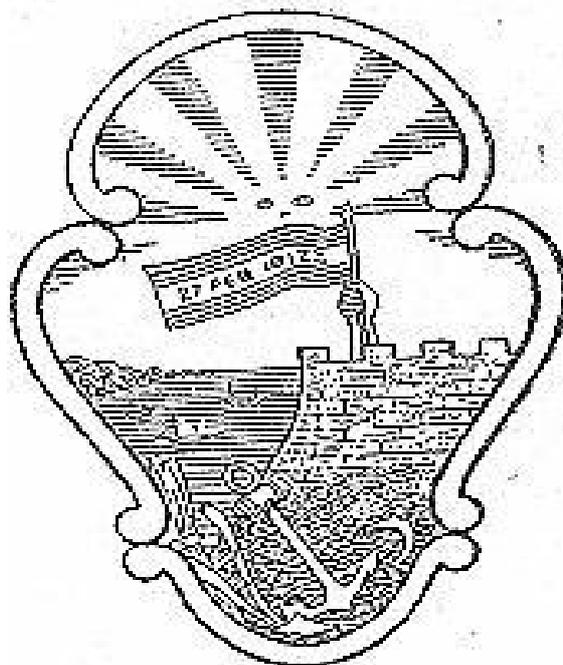
Esa tendencia a magnificar la expansión no sólo se manifestó en los periódicos. En 1858, el genovés Nicolás Grondona -más tarde nombrado Ingeniero Municipal- trazó el que puede considerarse como primer plano de la ciudad moderna donde, de algún modo, consiguió dibujar el discurso celebratorio difundido por la prensa. En efecto, más que una medición/representación, ese plano es una metáfora, un instrumento publicitario con una fuerte carga simbólica. La planta urbana está presidida por dos ricas alegorías femeninas de igual jerarquía y tamaño que aluden a la Confederación Argentina y a la propia ciudad, sin referencias a la provincia de Santa Fe.

La representación de Rosario parece encarnar a la hermosa y bella adolescente que usó un diarista poco después: sentada en la ribera del Paraná, sostiene un ancla, abre su mano hacia un barco que navega por el río y se apoya sobre la base de una columna rota que tiene grabados los nombres de las provincias, cuyas distancias desde Rosario aparecen en una de

las columnas al margen, subrayando el carácter del puerto local como epicentro de la circulación de la producción local y las importaciones de todo el interior del país.

Pero lo más interesante del plano está en el centro de la representación: una cuadrícula perfecta y absolutamente imaginaria, con calles prolijamente alineadas y nominadas que por sus dimensiones y regularidad, dista radicalmente del desordenado y pequeño conglomerado urbano existente en esos años (Megías, 2012).

En el conjunto, Nicolás Grondona parece haber decidido representar a Rosario como una ciudad-mercado inmejorablemente ubicada en relación a las rutas terrestres y fluviales y con todas las comodidades imprescindibles para el intercambio comercial: hoteles, espacios de acopio y organización de mercaderías, servicio de correos, transporte terrestre y fluvial, bolsa de comercio, hospital, muelles y hasta lugares recreativos¹⁹.



Escudo de la ciudad de Rosario, 1862

¹⁹ Para él, como para muchos de los vecinos del periodo, la construcción de esa ciudad fue al mismo tiempo, una expectativa y un negocio: a fines de 1858, la Legislatura de la Provincia no hizo lugar el pedido de Grondona Hermanos & Compañía para acondicionar las calles de Rosario, sugiriéndole presentar esa iniciativa ante la flamante Municipalidad de Rosario (R.O.P.S.F., 1889: 486).

En 1862, la Municipalidad de Rosario aprobó la creación de un escudo para la ciudad. El gesto es interesante, ya que las únicas ciudades argentinas que tenían ese tipo de símbolos eran las de orígenes coloniales y la propia provincia de Santa Fe tuvo el suyo unos años más tarde. Ese escudo –que fue formalmente autorizado por las autoridades provinciales recién en 1939- enfatizó el carácter portuario, poniendo en primer plano el edificio de la aduana del que emerge un brazo embanderado con una leyenda con la fecha de la creación de la bandera -27 de febrero de 1812- y, como en las representaciones de Grondona, incorpora una gavilla de trigo, varias herramientas de labranza, un ancla y un barco que surca las aguas del Paraná²⁰.

Perduraciones

Esa operación ideológica iniciada en las páginas de la primera prensa local, también reflejada en el discurso oficial, en la cartografía y la simbología, consolidó la imagen de una ciudad-mercado pujante, cosmopolita y laboriosa, vinculada al río, al puerto, a los ferrocarriles o a las colonias agrícolas. Las huellas de ese discurso se advierten en la década de 1880, en los trabajos estadísticos y las crónicas que con franco espíritu positivista midieron la expansión de la ciudad y la compararon con otros centros urbanos de características similares, siempre para subrayar sus ventajas, su esplendor y sobre todo, su condición de ciudad moderna y cosmopolita. El Censo de 1887, anotó con jactancia que Rosario, donde los italianos eran suficientes “para formar una ciudad con ellos solos” y se concentraba “la mitad del personal de comerciantes” de la provincia- se convertiría en poco tiempo en “una de las grandes capitales comerciales e industriales de Sud América”. La descripción de la infraestructura mantuvo el tono: era una urbe “adoquinada y empedrada, casi en toda su extensión poblada”, “cruzada de *tramways* en todas direcciones”, con “alumbrado a gas y eléctrico, aguas corrientes” y en poco tiempo, tendría “un sistema

²⁰ La idea de encontrar en la creación de la bandera un símbolo de identidad para la ciudad se remonta a ese periodo. Cabe consignar un dato secundario pero curioso. La pretensión de destacar la modernidad no parece haber cesado ya que, aunque en heráldica no son habituales los cambios, a mediados del siglo XX, los artistas Julio Vanzo y Angel Guido y el fundador del Museo Histórico Provincial, Julio Marc, *aggiornaron* ese escudo incluyendo un barco a vapor al lado del anterior, de vela.

completo de cloacas”²¹. El contraste entre esa descripción y la que, en medio de una disputa política con el municipio, publicó otro diario apenas tres años después, evidencia la decidida voluntad de los censistas de difundir esa imagen de ciudad pujante y moderna y también muestra que, aún en medio de las críticas más duras, siguió apareciendo la idea de una gran ciudad civilizada y culta:

las calles que conducen (...)se encuentran convertidas en intransitables laberintos por los que no se puede circular, sino con grandísimos peligros y a costa de muchos esfuerzos [La obra de nivelación de las calles] fue llevada a cabo con tan mala sombra, con tal falta de criterio, que sin resultar beneficiado nadie, vence hoy perjudicados, el mismo comercio, el público...y el vecindario (...) La calle San Martín (...) es mejor un torrente, una cañada, que no una calle. (...) La calle Tucumán (...) es ya la última palabra del abandono (...) El Bajo...está convertido en un pantano inmundo,(...) la playa sucia y negra como orilla de estercolero, sin aseo ni limpieza (...) Nadie que pise estos sitios, creará que se halla en la segunda ciudad de la República, en un pueblo culto y civilizado, sino más bien en alguna aldea salvaje abandonada por completo²².

Al año siguiente, en un trabajo estadístico, el mismo Carrasco comparó a Rosario con otras ciudades –exceptuando a “Chicago, la ciudad fenomenal, a La Plata, mandada a construir por un gobierno y a algunas ciudades de Estados Unidos” no había habido un crecimiento más rápido”- e incluyó un comentario sobre la subdivisión de las propiedades, lo que había “facilitado su adquisición hasta a las más modestas fortunas, dando origen a una edificación muy numerosa” (Carrasco, 1888:32). Poco después, en 1896, otra descripción destacó las habilidades para acumular riqueza de los rosarinos: “el genio emprendedor, sagaz y rápido” y “la enérgica actividad” dominante en la ciudad, había arrasado con “los resabios de la vida colonial”, generando “empresas colosales” y repartiendo “la fortuna a infinidad de vecinos, cuyos capitales se cuentan por millones de pesos” y a todos los que se habían incorporado al movimiento asombroso de este comercio, tan importante como acaudalado” (Fernández, 1896:400)

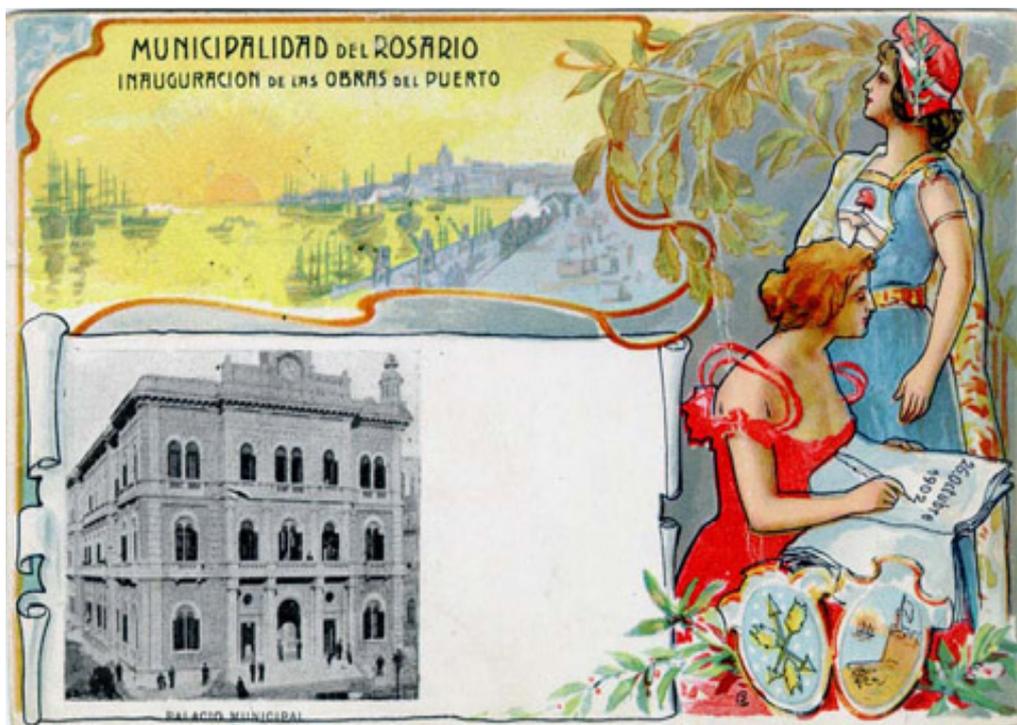
²¹ Censo de la Provincia de Santa Fe, 1887. Gabriel Carrasco, activo publicista de la ciudad de Rosario y uno de los Comisarios de ese Censo llegó algunas conclusiones notables: al referirse a la población según su estado social escribió que “en Santa Fe, de cada tres individuos con profesión, ¡uno es patrón!” (sic) de lo cual dedujo que la provincia era “el paraíso del trabajador”.

²² La Capital, 25 y 26 de junio de 1890. Incuria escandalosa. ¿Qué hace la Municipalidad?

Otros tres censos, levantados por la Municipalidad de Rosario a comienzos del siglo XX, replicaron esos argumentos. Interpretaron la apertura de sucursales de Gath & Chaves, James Smart y New England como demostración palpable de la importancia concedida a la ciudad en el exterior y destacaron que su consumo, era propio de las ciudades más “refinadas”. La construcción del nuevo puerto -“arma poderosa para la conquista de riqueza y bienestar en que se empeña el Rosario con tanta fe, ahínco y tenaz perseverancia” y algunos de los edificios recientemente construidos podían “figurar gallardamente aún en las vías más opulentas de la metrópoli” (Censo Municipal, 1906:288 y 289).

En 1902, cuando coincidieron la inauguración de las nuevas obras del puerto y los festejos del cincuentenario de la declaratoria de ciudad, ese discurso alcanzó niveles sorprendentes. Habló de “la transformación maravillosa” operada en “este gran emporio de actividad y de comercio”, capaz de asombrar a propios y extraños “por la vitalidad y fuerza que acumula y desarrolla en su seno”. Incluso la iconografía de esos festejos recuerda las antiguas metáforas que imaginaban a Rosario como una jovencita, siempre situada junto a la Nación, sin hacer casi referencia a la provincia de Santa Fe y colocando en primer plano, debajo del río y el puerto, el flamante edificio de la principal institución local, la Municipalidad de Rosario²³.

²³ La Provincia, 5 de agosto de 1902. La Provincia. El presente número.



Tarjeta conmemorativa de la inauguración del puerto de Rosario, 1902.

El discurso dominante tanto en los actos oficiales como en la prensa recuperó los argumentos de las décadas de 1860 y 1870, para confirmar que todas las promesas se estaban cumpliendo:

El Rosario se ha festejado a sí misma (...) La grandeza y desarrollo de su comercio, el movimiento y actividad que lo caracteriza, la belleza de sus edificios, de sus plazas, bulevares (...) todo ha sido puesto de manifiesto (...) se ha exhibido amante de sus tradiciones, levantándose por sobre los intereses mezquinos para demostrar que su mercantilismo y su grandeza material no le han materializado de tal manera que no fuera capaz de rendir pleito homenaje al sentimiento de su propia gloria (...) A pesar de eso, es razonable convenir que el Rosario, hasta el presente, ha dado prioridad al desarrollo material, habiendo llegado en él a un grado envidiable entre las demás ciudades de la república, siendo necesario que (...) rinda culto al ideal para satisfacer también las aspiraciones del hombre-espíritu²⁴.

²⁴ La Provincia, 7 de agosto de 1902. Consideraciones después del a fiesta.

Comparar a Rosario con otras grandes ciudades del país y del mundo, insistir en su rápido crecimiento y en su condición de moderno centro comercial, siguieron siendo propósitos centrales:

Chicago en los Estados Unidos es un portento. La Plata en nuestro país es una fantasía. La fiebre del trabajo afortunado improvisa la una; emerge la otra en momentos de delirio político. (...) Recordemos brevemente algunos monumentos de la historia. Menfis (...) fue cinco mil años atrás la Buenos Aires del Nilo, así como el Rosario es hoy la Buenos Aires del Paraná. Menfis absorbió la civilización egipcia; aquella busca siempre una cabeza en las naciones: es más o menos el papel de la capital argentina. La Plata está absorbida por su aliento. Al Rosario lo defiende la latitud. Es la segunda puerta nueva de un mundo viejo (...) que también se agita por modernizarse. De Menfis como de Tebas (...) no quedan sino vestigios. Todo se transforma en las edades (...) Podrá un Volney decir del Rosario, como de Palmira la famosa, de aquí a dos mil años: ¡Salve ruinas solitarias...!

(...) Ha transcurrido medio siglo y durante él esta ciudad ha decuplicado su población y se ha convertido en un emporio comercial (...) Es la puerta obligada de un mundo viejo: la capital del progreso del interior.”²⁵

Desde principios del siglo XX, Rosario no sólo fue presentada como un triunfo de la civilización sobre la barbarie, como la encarnación del progreso, sino como un ejemplo que historiadores y sociólogos debían estudiar con detenimiento para provecho de toda la república:

La Chicago Argentina (...) La historia parcial más digna de escribirse en nuestra patria es la del cambio por el cual una ciudad, que hace medio siglo era una población oscura, pobre y aislada, ha venido a ser uno de los más vastos mercados, frecuentados por los productos de todas las naciones de la tierra.

Estudiar al Rosario en los cincuenta años de vida como ciudad que lleva, estudiarlo en su comercio, en su riqueza, en su importancia y en sus mejoramientos materiales, es más útil y necesario que el estudio de nuestras luchas civiles, que apenas han producido otra cosa que glorias efímeras y vanas, y progresos que no excluyen el

²⁵ La Provincia, 5 de agosto de 1902. Nota del día firmada por *L. Bonaparte*.

statu quo en lo más sustancial para la civilización que es el nivel moral e intelectual del pueblo.

La Chicago Argentina merecía ser estudiada, porque entre sus cosmopolitas habitantes se habían producido especiales “fenómenos vitales de la cooperación espontánea” y porque su conducción política había fomentado las “fuentes de producción, de riqueza, de movimiento y vida”, al punto de convertirla en una “escuela de gobierno” para toda la provincia de Santa Fe. El “ojo del sociólogo” con “el método positivo y sociológico de la evidencia” descubriría en el ferrocarril, el comercio y el crecimiento demográfico –tan enorme que contrariaba “la doctrina malthusiana”- las claves del imparable progreso de la ciudad: “cuando el Rosario festeje sus bodas de diamante será ya por esa obra, el emporio colosal de la república y habrá alcanzado esa hoy hermosa perspectiva, de los altos destinos, que todos entrevemos”²⁶.

Y en el Centenario, cuando comenzó a ser evidente que el llamado puerto moderno no rendía los inmensos frutos esperados por los entusiastas vecinos, los tópicos del discurso celebratorio siguieron intactos:

Fue, sin minas de oro, la California argentina (...) y dado el primer y poderoso impulso, adquirió fuerzas propias y vitalidad creciente, que han continuado y continúan...en forma y manera de haber hecho al Rosario lo que es hoy, la segunda ciudad de la República por su potencialidad económica, por su belleza edilicia, por su pujanza y altivez en todos los órdenes de la vida civilizada(...)²⁷

Breve epílogo

Sólo la sórdida realidad económica desencadenada después de la crisis de 1930, interrumpió la difusión de ese imaginario y a lo largo de la década, fueron apareciendo voces discordantes, aunque tan vehementes como aquellas que durante ocho décadas había exaltado la grandeza de la ciudad.

Entre todas, la de R. Montes y Bradley -crítico de arte, escritor y diplomático- fue la más cáustica. En 1939, publicó en la revista cultural que él mismo dirigía una nota sobre el

²⁶ La Provincia, 5 de agosto de 1902. La Chicago Argentina. Su primer ferrocarril. Firmado: Víctor Pesenti.

²⁷ Rosario, su origen, su progreso. Rosario, La República, 1910.

proyecto de construcción de un monumento a la bandera, donde demolió sistemáticamente el *stock* de tópicos que habían forjado el imaginario local: la condición autónoma, el refinamiento de los edificios construidos por la flamante burguesía rosarina, las habilidades comerciales de los vecinos, la sociedad cosmopolita pero armónica, arraigada y hasta igualitarista:

Rosario es una ciudad fea: no tiene monumentos ni obras de arte; (...) ciudad de hombres sin raigambre alguna con la tierra donde amasan día a día fortunas fabulosas que de nada les sirven, porque no otra cosa hacen con ellas que apilarlas en los sótanos bancarios (...)

Bodrios escultóricos abundan así en cantidad pareja a la de potentados tacaños, i mal que nos pese a todos, debemos declararlo (...):

Rosario es una ciudad fea, i sobre fea sucia, i sobre sucia pagada de una fatuidad de poderío i autonomía (...)

Burda en su edificación, chata hasta ser torpe, colmada de vacuidad; incapaz de ofrecer nada a sus hijos valiosos que han de mirar siempre hacia el Plata para ver satisfechos sus afanes: fría, más, gélida; hostil para cuanto sea bello; huera, héla aquí asentada torpemente orgullosa sobre el Paraná que pasa recibiendo sus desperdicios, tras galpones i muelles, grúas y desvíos que cercenaron despiadadamente su ribera; estrechas sus calles, confituras sus ‘palacios’ –que abundan a razón de uno por almacenero mayorista enriquecido-; vacías, vacías! sus plazas porque los niños tienen que trabajar (...)

Rosario necesita ese monumento; puede i debe ser el monumento que la rehabilite ante el juicio que la condena a ser Cartago, a ser Chicago, a ser (...) Fenicia, a ser (...) ‘Ciudad de Astengo y de Echesortu & Casas’ (...)

Aquí se funden cuatrocientas razas. Más no se funde ningún gringo bruto (Montes y Bradley, 1939)²⁸.

Con más lirismo pero no menos crudeza, Angel Guido –el arquitecto que diseñó del monumento a la bandera- habló de esa Rosario oscura que el discurso fundacional había

²⁸ Astengo, Echesortu y Casas fueron tres empresarios capitalistas prototípicos que hicieron fuertes inversiones en negocios inmobiliarios, rurales y comerciales.

procurado ocultar, en una obra publicada al conmemorarse el Centenario de la declaratoria de ciudad, que firmó como Onir Asor:

Traeré para esta ciudad del puerto petrificado, para esta ciudad antirromántica e inhóspita, puntillas de Brujas, pañuelos de seda de la China (...) canela de Madagascar, corales de Capri, perlas de Bagdad, canciones de Nápoles, sirenas del mar Egeo. Traeré, también, una lámpara de Aladino para transfigurar, mágicamente, a esta mi ciudad opaca y mercantil, haciéndola transparente y celeste como un domingo del puerto florido de mi infancia (Guido, 1954:32).

BIBLIOGRAFIA y FUENTES:

A.A.V.V. (1910) *Rosario, su origen, su progreso*. Rosario: La República.

Archivo Jefatura Política del Rosario, Serie B: 1864-1880

Baczko, Bronislaw (2005) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Carrasco, Gabriel (1888) *La Provincia de Santa Fe*, Buenos Aires: Coni.

Fernández, A. (1896) *Prontuario informativo de la Provincia de Santa Fe*, Rosario: s/e

Guido, Angel (1954) *La ciudad del puerto petrificado*, Rosario: Editorial Litoral.

Habermas, Jürgen (1994) *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, México: Gustavo Gilli.

Megías, Alicia (1998) “Prensa y formación de la opinión pública. Rosario a mediados del siglo XIX”, *Cuadernos del CIESAL*, 2º época, Año 3, Nro. 4.

Megías, Alicia (2012) “Dibujar el futuro- Nicolás Grondona y el plano de Rosario de 1858”, en Cicutti, Bibiana comp., *La cartografía como objeto de cultura*, Buenos Aires: A&P Eds.

Montes i Bradley, R. E. (1939) “El monumento a la bandera”, *Taurus Boletín de Cultura Intelectual*, Rosario, N° 11, año I.

Registro Oficial de la Provincia de Santa Fe Año 1858 (1889), Santa Fe: Imprenta La Revolución.

“Rosario en el Siglo XIX” (1996), *Revista de Historia de Rosario*, Rosario: S.H.R., Año IV, N° 11.

1° Censo General de la Provincia de Santa Fe (1888), Buenos Aires: J. Peuser.

2° Censo Municipal de la Ciudad del Rosario de Santa Fe" (1902), Buenos Aires: Kraft.

2° Censo Municipal de la Ciudad del Rosario de Santa Fe" (1908), Rosario: La Capital.

3° Censo Municipal del Rosario de Santa Fe (1910), Rosario: La República.